

186



El salmo 18
y la celebración de la Navidad
Biblia y liturgia

Jean-Claude Reichert

verbo divino

CB
186

JEAN-CLAUDE REICHERT

**El salmo 18
y la celebración
de la Navidad**

Biblia y liturgia

evd

La liturgia fue el primer lugar en el que se leyeron las Escrituras, tanto en el cristianismo como en el judaísmo. Posteriormente, fueron a ocupar los bancos de la escuela y de las universidades. Los profesores han trabajado junto a los predicadores y, a veces, en contra de estos.

Hace tiempo que *Cuadernos Bíblicos* deseaba explorar los vínculos íntimos entre la Biblia y la liturgia. Ya se publicaron una serie de números de carácter práctico: *Las primeras lecturas del domingo* (n. 100), *Palabras de la vida: 59 textos para los funerales* (n. 120) o la serie dedicada a los leccionarios evangélicos de los años A, B y C: *Evangelio de Jesucristo según san Mateo* (n. 129), *Evangelio de Jesucristo según san Marcos* (n. 133), *Evangelio de Jesucristo según san Lucas* (n. 137), y *Evangelio de Jesucristo según san Juan*, 1 y 2 (nn. 145 y 146).

Se requería una reflexión de fondo. Este número la inaugura. Lo hace de una manera que podría sorprender, abordando solamente un texto breve muy bello, el salmo 18. Este salmo marcó la recepción de las fiestas de la Natividad y, a su vez, estas hicieron emerger sentidos que estaban como ocultos en el salmo. Dicho brevemente, en lugar de hacer un estudio general, este número presenta, mediante un ejemplo, las relaciones «tipológicas» entre la Biblia y la liturgia. En su desarrollo se estudian numerosas cuestiones históricas, literarias y teológicas.

El salmo 18 es muy interesante por varias razones. Ante todo, se trata de un texto del Antiguo Testamento. Su uso cristiano y más particularmente litúrgico ha desarrollado armonías diferentes de las de la lectura judía. La liturgia de los primeros siglos no solo estaba impregnada sino también configurada por las «memorias de los apóstoles y los escritos de los profetas» (san Justino), es decir, por nuestros Nuevo y Antiguo Testamentos.

Posteriormente, los cruces bíblicos que se establecen con Malaquías, Isaías o el Prólogo del evangelio de san Juan conducen a un discurso sorprendente sobre la misión de Jesucristo. Las metáforas nupciales y solares resplandecen con todo su esplendor. Este discurso es revitalizado por san Agustín, san Ambrosio y por las antífonas y las oraciones de la Liturgia de las Horas y del Misal romano.

Gérard BILLON

Jean-Claude REICHERT, sacerdote de la diócesis de Estrasburgo, es actualmente profesor en el Instituto Superior de Liturgia del Theologicum en el Instituto Católico de París. Ha sido responsable del Servicio nacional de Catequesis y Catecumenado, y, posteriormente, superior del seminario Santa María la Mayor de Estrasburgo. Ha publicado recientemente *La Victoire et le Triomphe de sa mort. La lecture chrétienne des Psaumes dans les rites de la semaine sainte*, Cerf, París 2018.

El salmo 18 y la celebración de la Navidad

El salmo 18, número 19 en el canon hebreo, consta de dos partes: vv. 2-7 y vv. 8-15. Solo la primera parte es el objeto de un estudio exhaustivo en este cuaderno. Es tan rica que se puede seguir de forma continua la manera en la que ha fructificado en la oración cristiana desde el Nuevo Testamento hasta los libros litúrgicos actuales, pasando por las variaciones de las traducciones (griega, latina, francesa) y las grandes homilías del siglo IV. Cósmico, solar, nupcial, el poema forma parte de una hermosa alabanza a Cristo que nace en nuestra humanidad.

Jean-Claude REICHERT

Introducción: Biblia y liturgia

El Concilio Vaticano II habla de las relaciones entre la Biblia y la liturgia en el n. 24 de la constitución *Sacro-sanctum concilium* sobre la sagrada liturgia. Enumera tres casos en los que se observan interacciones e intercambios cuando los textos bíblicos se ponen en relación con la liturgia.

Tres tipos de interacciones

La primera situación es la más evidente. Es aquella que en la que pensamos espontáneamente, puesto que hoy no hay celebración sin que se proclamen las Escrituras. «De la Sagrada Escritura proceden los textos que se leen y que la homilía explica, como también los salmos que se cantan». El Concilio habla en este punto de lo que se produce en toda liturgia de la Palabra: los pasajes tomados del Nuevo y del Antiguo Testamento se unen en un mismo modelo para que su proclamación conjunta se convierta en un acto litúrgico consistente. Lo que el Concilio no dice es que, al entrar así en la liturgia, la Biblia no coexiste solamente con ella. Los textos bíblicos proclamados en la celebración reciben de ella un sentido nuevo, un lugar y una función que no tendrían si se leyeran por sí mismos e individualmente.

La segunda modalidad de interacción entre Biblia y liturgia no procede de la presencia de los textos bíblicos en la liturgia. Procede de una costumbre adoptada en la Iglesia. Se trata, en efecto, de la costumbre de recurrir a los textos bíblicos para enseñar la comprensión

justa de lo que se realiza invisiblemente en los ritos sacramentales. «Las acciones y los símbolos reciben su significado de la Sagrada Escritura». El Concilio evoca aquí aquella práctica eclesial que consiste en correlacionar ciertos relatos bíblicos con los ritos sacramentales sin que la lectura de esos textos acompañe necesariamente la celebración de esos ritos y, sobre todo, sin que esos hablen directamente del sacramento que clarifican. La práctica mistagógica de los Padres de los siglos IV y V constituye una magnífica ilustración de este uso de las Escrituras. En un libro famoso que marcó profundamente su época (titulado simplemente *Biblia y liturgia*, y publicado en 1951), el padre Jean Daniélou mostró cómo la Iglesia recurre a las Escrituras para dar sentido a los ritos del bautismo, de la confirmación y de la eucaristía, pero también lo hace para dárselo a algunas fiestas del año litúrgico.

Queda una tercera situación en la que pueden observarse los intercambios entre Biblia y liturgia. «Bajo la inspiración de la Sagrada Escritura, y con su impulso,

surgen las plegarias, las alabanzas y los himnos litúrgicos», dice el Concilio. Por consiguiente, no solamente encontramos en las celebraciones cristianas una gran cantidad de textos bíblicos, de naturaleza y origen variados, que son leídos o cantados en el marco de una misma liturgia de la Palabra, y no solo se recurre a las Escrituras para dar sentido a las realidades sacramentales que se realizan invisiblemente en los ritos, sino que son también las Escrituras las que dan a la oración litúrgica el lenguaje a partir del cual puede nutrirse y desplegarse.

La aportación de los Salmos a la liturgia

Es de sobra conocido el importante lugar que los Salmos ocupan «en» la liturgia. Son la materia principal de cada uno de los oficios que componen la Liturgia de las Horas, pues se recorren en su totalidad cada cuatro semanas (y cada semana en la práctica monástica). Los Salmos forman también parte de la celebración de la misa y de los sacramentos en general, puesto que estas liturgias constan de una liturgia de la Palabra para la que los diferentes leccionarios proporcionan un salmo responsorial.

Pero los Salmos no son solo importantes por su presencia «en» la realización de la liturgia. Lo son también por lo que aportan «al» desarrollo de la liturgia. En la misa, por ejemplo, son a menudo los versículos de los salmos los que proporcionan la materia de las antífonas destinadas a las procesiones. En esos momentos, los salmos no son leídos o cantados en su totalidad.

Con respecto a esta tercera situación comentada de las relaciones entre Biblia y liturgia, el salmo 18A constituye un ejemplo particularmente emblemático, puesto que puede seguirse de manera casi continua el modo en el que este texto bíblico fructificó en la oración cristiana del tiempo de Navidad, desde los vestigios que encontramos en el Nuevo Testamento hasta los libros litúrgicos actuales, pasando por las grandes homilías del siglo IV, la práctica medieval y el Siglo de Oro español, por citar solo algunos ejemplos.

Solo un elemento de los mismos estructura una oración con la que la que podrá cumplir el rito la asamblea.

Es esto lo que sucede en la liturgia del tiempo de Navidad con el salmo 18A (19A en hebreo). Es algo que puede sorprender, legítimamente, porque como texto en sí mismo apenas carece de pertinencia en las celebraciones de este tiempo litúrgico.

No es incorporado como salmo responsorial en el leccionario de los domingos y solemnidades para este período. En la Liturgia de las Horas solo aparece una vez en el Oficio de Lectura del 25 de diciembre (independientemente del lugar que conserve en la alternancia de las cuatro semanas). Pero al mirar las oraciones colecta, las antífonas y los himnos que caracterizan las celebraciones de Navidad, observamos que el salmo 18A les ha aportado significativamente su vocabulario cósmico y solar. Este salmo despliega,

en efecto, la alabanza que el cielo canta silenciosamente en honor a Dios, y organiza específicamente esta alabanza en torno a la figura del sol. Estos elementos resultaron valiosos para expresar la naturaleza de lo que se celebra en Navidad y para invitar a cantarlo con alegría (véase recuadro columna derecha).

La fiesta de Navidad como acto de fe

Es relativamente fácil explicar en qué condiciones históricas entró en el calendario litúrgico la celebración de una fiesta de Navidad. La instauración de esta fiesta en el siglo IV nos es conocida por los trabajos de B. Botte¹.

Pero hoy vivimos en una época en la que la celebración de la Navidad se ha transferido masivamente a las costumbres sociales y festivas que no están ya en sintonía con las razones que hacen de ella una festividad litúrgica. El desafío, entonces, consiste en llegar a señalar el acto de fe que establecemos cuanto se celebra en la fiesta de la Natividad. En un tiempo de desafección con respecto a la celebración propiamente cristiana de las fiestas, es importante encontrar la capacidad de decir por qué estas fiestas cristianas no son solamente ceremonias conmovedoras, sino actos de fe en contacto con las cuestiones existenciales. En este sentido, el salmo 18A aporta a este desafío pastoral unas

El salmo 18A, versión litúrgica

²El cielo proclama la gloria de Dios,
el firmamento pregona la obra de sus manos:

³el día al día le pasa el mensaje,
la noche a la noche se lo susurra.

⁴Sin que hablen, sin que pronuncien,
sin que resuene su voz,

⁵a toda la tierra alcanza su pregón
y hasta los límites del orbe su lenguaje.

⁶Allí le ha puesto su tienda al sol:
él sale como el esposo de su alcoba,
contento como un héroe, a recorrer su camino.

⁷Asoma por un extremo del cielo,
y su órbita llega al otro extremo:
nada se libra de su calor.

perspectivas interesantes, pues permite precisamente superar la simple evocación emocionada del niño en el pesebre en la que podríamos mantenernos aferrados si solo nos ciéramos relato evangélico de la Natividad.

La fiesta de Navidad es ciertamente una conmemoración del nacimiento de Jesús en Belén y celebrarla implica proclamar el relato evangélico que le da su sentido. Pero decir que se conmemora el nacimiento de Jesús exige ponerse de acuerdo sobre qué significa el verbo «conmemorar». En efecto, la finalidad de una celebración litúrgica no es revivir solamente el recuerdo de un acontecimiento pasado, para mantener sus huellas en las representaciones de nuestro espíritu, como lo hacemos en las fiestas de cumpleaños, en las conmemoraciones civiles de los armisticios o en el recuerdo de prestigiosas victorias militares del pasado.

¹ Bernard BOTTE, *Les origines de la fête de Noël et de l'Épiphanie*, Abbaye du Mont-César, 1932.

La liturgia de las fiestas recuerda un acontecimiento pasado, pero lo hace para celebrarlo en su actualidad permanente (véase recuadro inferior). Puesto que los acontecimientos conmemorados en la liturgia de las fiestas no son nunca acontecimientos ya obsoletos. Atrapados en el pasado únicamente. Son acontecimientos de salvación a cuya repercusión la Iglesia se remite en el momento mismo en el que los celebra. Y ella proclama ese acontecimiento salvífico al mundo mediante los ritos de su liturgia como a través del lenguaje de su oración. En esta perspectiva, la primera parte del salmo 18A juega un papel determinante en este proceso con respecto a la fiesta de la Natividad.

Veamos, pues, qué preguntas aguardan al lector de este número de *Cuadernos Bíblicos*. ¿Cómo este texto

bíblico sacado del libro de los Salmos nutre nuestra comprensión de la Natividad tal como se celebra desde la misa de Nochebuena hasta la fiesta de Epifanía? ¿Qué recursos ofrece para vivir la gracia recibida con la venida de Cristo en nuestra carne y alegrarse con ello? Para responder a estas preguntas, habrá que explorar la manera en que la tradición cristiana ha recibido, meditado y comprendido este salmo, pues este salmo, como todos los salmos, no se habría convertido en un impulso para la oración si no se hubiera podido hacer una transferencia cristológica de sus enunciados.

Pero antes de pasar a la interpretación propiamente cristiana del salmo, habrá que dejarlo existir ante nosotros en la materialidad de lo que dice como texto bíblico veterotestamentario.

Un anuncio litúrgico de la fiesta de Navidad

«Permitidme comenzar inmediatamente con lo esencial: ¿Quién es este primogénito de María envuelto en pañales y acostado en un pesebre? ¿Quién es? Yo no digo ¿quién fue? La Navidad no es el cumpleaños de un hombre que vivió hace mucho tiempo, que murió y desapareció, en cuyo honor celebramos cada siglo un jubileo. Es verdad que vivió y murió —¡y cómo!—, pero resucitó de entre los muertos, él vive, reina, habla, está en este momento en medio de nosotros, más cerca de cada uno de nosotros que de nosotros mismos. Así pues, ¿quién es? El mensaje de la Navidad es la respuesta a esta pregunta.

Quiero formular esta respuesta muy sencillamente: el que nace en Navidad es el que se pone de tu lado, de mi lado también, del lado de todos nosotros. Se pone de tu lado. De tu lado. De tu lado. [...] ¿No es agradable que alguien se ponga totalmente de tu lado? En el fondo, lo anhelas. No

puedes vivir sin un aliado. Y te preguntas: ¿quién querrá verdaderamente ponerse de mi parte? [...] Entre tus compañeros tienes aliados. Pero son tus aliados mientras les plazca. Quizá teniendo en cuenta que harás lo mismo por ellos o porque obtienen alguna ventaja. Ellos piensan principalmente en ellos mismos. No se ponen de tu parte. Y cuando te das cuenta, tu soledad es aún mayor. Y esto te quiero decir: el nacido en Belén se pone totalmente de tu parte sin pensar en él. No te exige nada. Es a ti a quien él quiere. Solo tiene ojos para ti y solamente para ti. Se pone a tu lado con toda su potencia, la potencia del Hijo de Dios capaz de ayudarte a toda costa, de iluminarte, de defenderte contra cualquiera, empezando por ti, que eres tu peor enemigo. [...] Este es el que nació hace mucho tiempo».

Karl BARTH a los encarcelados en la prisión de Basilea, Navidad de 1958, en *Aux captifs la liberté. Prédications 1954-1959*, Labor et Fides, 1960, pp. 165s.

I – La materialidad del texto bíblico

Los salmos son aún hoy un elemento importante de la oración judía. Forman parte de los textos sagrados de la tradición de Israel, en la versión hebrea llamada «masorética», es decir, en la forma del texto que fue fijada con su vocalización entre los siglos v y vii. Pero cuando los salmos entraron en la tradición cristiana fueron recibidos en la versión griega de este mismo texto. Este texto griego posee algunas particularidades con respecto al texto hebreo que nos sirven de puntos de referencia en la actualidad. Esto se aplica, evidentemente, al salmo 18A, en cuyo versículo 5 encontraremos un ejemplo sorprendente e incluso misterioso.

El salmo 18 (19) en su conjunto

Por el momento, nos contentamos con constatar que la separación entre la tradición cristiana y la judía encuentra una expresión totalmente formal en la numeración de los salmos. En efecto, la manera de enumerar los salmos no es la misma en la versión hebrea y en la versión griega. En las ediciones corrientes de la Biblia se ha adoptado la numeración del Salterio hebreo. En la liturgia católica se mantiene la numeración del Salterio griego, aun cuando los salmos ya no son rezados en griego ni a menudo en las traducciones hechas a partir del griego. Esta divergencia complica un poco el seguimiento en el libro bíblico llamado «Salterio», pero, en todo caso, recuerda que existe un uso propiamente cristiano de los salmos.

No es ninguna falta de respeto a la tradición judía (¡no debería serlo en ningún caso!) aceptar esta divergencia transcrita en el principio de numeración de los cientos cincuenta salmos del Salterio. «La lectura cristiana del Salterio no es la de los judíos, sino que constituye un registro posterior. No la reemplaza, se desarrolla en paralelo con ella. Las dos son legítimas, pueden incluso estimularse e iluminarse recíprocamente, a veces incluso unirse y armonizarse. Sus raíces son comunes. Pero la lectura judía y la lectura cristiana, productos y expresión de una visión de fe diferente, son irreductibles entre sí»¹ (véase recuadro p. 9).

¹ Jean-Luc Vesco, *Le Psautier de Jésus I*, Cerf, París 2012, p. 12.

La lectura cristiana de los salmos no refleja solamente una visión de fe particular. Esta visión de fe procede de las particularidades de un texto sobre el que se ha trabajado. Los cristianos, en efecto, leyeron, meditaron, oraron e interpretaron los salmos en una forma textual diferente de la versión hebrea. Fue en el marco de las particularidades de esta forma textual como ellos la adoptaron como «su» texto, dife-

renciándose así de la tradición de Israel en las que los mismos textos se usaban en otra versión. Los cristianos insistieron en «su» texto porque les permitía interpretar los salmos como cánticos en honor a Cristo el Señor. Y, puesto que encontraron en ellos depósitos de sentidos cristológicos, los hicieron entrar en la liturgia, donde ejercen hasta el presente la influencia de la que habla el Concilio.

El Antiguo Testamento se hace Evangelio

«El Espíritu encuentra su recinto en la Palabra de la Sagrada Escritura. Por eso esta es sacramento. [...] Él sigue caminando con su pueblo, y a medida que el pueblo progresa, que la historia de la salvación continua, la palabra se expande, me atrevo a decir, se enriquece, recibe un sentido nuevo, revela un sentido más profundo. En este sentido, conocéis bien el fenómeno de las relecturas que ya se encuentra en el Antiguo Testamento. En el mismo salmo releído por las comunidades creyentes, estas encontraron siempre algo nuevo. En el momento en que los griegos, los LXX o Septuaginta, empezaron a traducir de una cultura a otra, del hebreo al griego, se produjo lo que lo siempre creyeron los Padres de la Iglesia, a saber, se produjo la inspiración. Los LXX, para poder hacer esta transición de una cultura a otra, fueron inspirados de nuevo para que esta transición se hiciera correctamente, puesto que la palabra de los LXX no está siempre en conformidad con la palabra del hebreo. Algo muy

importante ocurrió en este momento. Pero el umbral decisivo fue atravesado por nuestro Señor Jesucristo. Entonces, todo a la vez, la Palabra sustancial de Dios, la Palabra de Dios, no solo se hace carne, sino también Verbo, se hace Escritura. Esto quiere decir que en el momento en el que Jesús murió y resucitó, como dice Orígenes, el Antiguo Testamento fue convertido de agua en vino. El milagro de Caná se cumple de nuevo. El sobre de la carta da a luz algo que llevaba ya como un embrión en su interior. Da a luz al Espíritu, es decir, da a luz a Cristo. El Antiguo Testamento se hace Evangelio. Pienso que hoy no tenemos otro medio de leer el Antiguo Testamento sino es que como Evangelio. Es el Evangelio actualmente para nosotros. En el Antiguo Testamento solo encontramos a Cristo».

André LOUF, conferencia publicada en la revista
La Vie spirituelle, 740, 2001, p. 477.

En la edición *La Bible, traduction officielle liturgique* (2013) se enumera nuestro salmo con el número 18. El número 19 se coloca entre paréntesis para recordarnos los vínculos entre esta oración cristiana y la tradición hebrea y judía. Las otras ediciones de la Biblia (incluida la Neo-Vulgata, revisión de la Vulgata terminada en 1979) y las obras de exégesis siguen el uso inverso, es decir, enumeran los salmos a partir de su versión he-

brea y ponen entre paréntesis el número correspondiente al Salterio griego y latino. Como queremos estudiar la relación entre el salmo y la liturgia, hemos hecho una elección por razones de comodidad.

A lo largo de las páginas que siguen, designaremos al salmo con la numeración con la que aparece en la liturgia católica: salmo 18.

La cuestión de la unidad literaria

La manera de abordar el salmo 18 ha dependido desde hace mucho tiempo de la posición que un tal Rosenmüller defendió en una obra publicada en 1798. Propuso la idea de que había que distinguir en el salmo 18 dos textos diferentes correspondientes respectivamente a los vv. 2-7 y a los vv. 8-15.

A comienzos del siglo XIX se adoptó ampliamente esta posición. Se pensaba que los vv. 8-15 constituían un conjunto independiente al que le faltaba probablemente un desarrollo más extenso, puesto que en su origen debía sin duda tener la dimensión del salmo 118. Otros comentaristas sugirieron que un redactor posterior había podido dar una conclusión específica a los vv. 2-7, pero que esta porción se había perdido. Así pues, en el siglo XIX se decía que el estado actual del salmo 18 correspondía a dos salmos ajenos entre sí: un salmo de creación y un salmo sapiencial. Y era habitual, una costumbre muy ex-

tendida, distinguir estos dos salmos con la adición de una letra: salmo 18A y salmo 18B.

Este modelo redaccional comenzó a cuestionarse en torno a 1960. Empezó a expandirse la idea de que era totalmente posible abordar el salmo 18 como un todo orgánico y coherente, formado por dos partes unidas mediante el paralelismo: el paralelismo entre el sol que calienta (v. 7) y la Torá que alegra el corazón y da la luz (vv. 8 y 9), entre el esplendor de los cielos y el esplendor de la Ley, entre la revelación cósmica desplegada por los cielos y la revelación histórica dada a Israel mediante la Ley. P. Beauchamp está a favor de esta continuidad cuando escribe que «el movimiento repetido de los astros en los cielos emite un clamor silencioso comparable al de un libro: el cosmos sería entonces el primer modelo de una ley escrita»².

² P. BEAUCHAMP, *Psaumes nuit et jour*, Seuil, París 1980, p. 165 (trad. esp.: *Los salmos noche y día*, Cristiandad, Madrid 1981).

Aun cuando estamos de acuerdo actualmente en que ambas partes del salmo 18 pueden leerse juntas, hemos mantenido el hábito de distinguir las dos partes de esta unidad literaria por su subnumeración. Por eso hablaremos aquí del salmo 18A para designar la porción que va desde el v. 2 al v. 7, puesto que solo esta será objeto de nuestro estudio.

En los libros de la Liturgia de las Horas se han asignado dos tipos de títulos a los salmos: citas bíblicas o patrísticas en cursiva, para sugerir una lectura cristiana del texto, y un título en negrita, para ofrecer el sentido literal del texto. «En el Salterio de la Liturgia de las Horas, cada salmo es precedido de un título que indica su sentido y su importancia para la vida del creyente. Estos títulos se proponen en el libro de la Liturgia de las Horas para hacer un servicio a quienes recitan los salmos. Para facilitar la oración a la luz de la revelación nueva se añade una frase del Nuevo Testamento y de los Padres que invita a orar en el sentido cristológico» (*Presentación general de la liturgia de las horas*, n. 111).

La Comisión posconciliar encargada de reformar la Liturgia de las Horas defendía la posición muy acertada según la cual el sentido literal debía estar siempre en la base de la inteligencia de un salmo, es decir, que no podía realizarse una interpretación cristiana

del salmo que ignorara o desdeñara su sentido literal. En el caso del salmo 18A esta base de comprensión es indicada por el título asignado en el libro de la Liturgia de las Horas: «*Laus Domini rerum conditoris* (himno al Dios de la creación)». Es un salmo de alabanza y, por tanto, un salmo cuyo uso puede ser útil para la celebración de una fiesta —pero por ahora se trata solo de una simple hipótesis—.

En efecto, hay que tener cuidado en no sacar del título literal dado al salmo 18A una conclusión injustificada. Al leer «himno al Dios de la creación» puede entenderse, de hecho, que este salmo nos proporcionaría las palabras para hacer nuestra propia alabanza a Dios. Ahora bien, la alabanza a Dios creador que se encuentra en este salmo no es «nuestro» himno al Dios de la creación, como sí es el caso, por ejemplo, del salmo 8. Con el versículo inicial y conclusivo, este salmo es un salmo de alabanza destinado a darnos las palabras de nuestra alabanza: «¡Oh, Señor, Dios nuestro, qué grande es tu nombre en toda la tierra!» (Sal 8,2.10), son palabras que podemos decir. Pero el salmo 18A no está escrito así. Invita a escuchar la alabanza silenciosa que los cielos cantan en honor a Dios y a contemplar el himno visible que entona el sol en su recorrido por los cielos. La distinción puede parecer sutil, pero ha sido determinante para hacer posible la transferencia cristológica del texto.

Las versiones disponibles del texto

Para determinar la influencia del salmo 18A en las celebraciones de la Natividad, necesitaríamos las tres formas en las que aparece su texto en la liturgia:

- la versión latina antigua presente en la Vulgata (de *vulgata editio*, edición común), realizada por san Jerónimo un poco antes del 390 a partir del Salterio griego³. La tradición cristiana ha rezado el salmo 18A con esta versión durante siglos;

Versión litúrgica actual en francés	Versión latina antigua (a partir del griego)	Versión latina actual de la Neo-Vulgata
² <i>Los cielos proclaman la gloria de Dios, el firmamento narra la obra de sus manos.</i>	Los cielos cuentan la gloria de Dios y el firmamento anuncia las obras de sus manos.	
³ <i>El día al día le entrega el relato y la noche a la noche lo da a conocer</i>	El día al día le pronuncia la palabra y la noche a la noche anuncia la ciencia.	
⁴ <i>Sin palabras en el relato, sin voz que se oiga</i>	No hay palabras ni discursos cuyas voces se entiendan.	
^{5a} <i>pero en toda la tierra suena el mensaje</i> ^b <i>y la noticia, hasta los confines del mundo.</i>	Su sonido se ha extendido sobre toda la tierra y sus palabras hasta los confines de la tierra.	
^{5c} <i>Allí se encuentra la morada del sol:</i>	En el sol ha puesto su tienda	Para el sol, él ha puesto una tienda en ellos [los cielos]
⁶ <i>como un esposo, sale de su tienda, se lanza a la conquista feliz.</i>	y él, como el esposo que sale de la cámara nupcial, se lanza feliz, como un gigante/héroe para recorrer su ruta.	
⁷ <i>Aparece donde comienza el cielo, se marcha hasta donde el cielo se acaba: nada escapa a su calor.</i>	Tiene su salida en lo más alto del cielo, y su recorrido llega hasta la cumbre del cielo, y nadie puede rehuir a su calor.	Tiene su salida en una extremidad y termina en el otro extremo del cielo, y no hay nada que escape a su calor.

³ San Jerónimo tradujo al latín tres veces el Salterio, dos veces a partir del texto griego y una vez a partir del texto hebreo. La segunda traducción

del texto griego, realizada a partir de los trabajos de Orígenes, fue la que pasó a la Vulgata, no, como se esperaría, la hecha a partir del texto hebreo.